

EN EL CORAZÓN DE LOS ANDES: ANTONIO JOSÉ DE SUCRE Y LA CAMPAÑA POR EL ALTO PERÚ

Patricio A. Alvarado Luna¹

Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, Perú

Resumen

Este trabajo busca explicar la situación del ejército realista y el accionar de Antonio José de Sucre en el Alto Perú luego de la victoria de la batalla de Ayacucho hasta la capitulación de Pedro Antonio de Olañeta con el objetivo de contribuir a la comprensión de este momento del proceso independentista hispanoamericano. Sobre la base de periódicos, memorias y documentación epistolar, se analizan, en primer lugar, los pormenores del Ejército Libertador luego de la batalla de Ayacucho en su rumbo hacia el sur andino. Asimismo, se explica la situación del ejército realista y las estrategias empleadas por Olañeta en el Alto Perú una vez que tuvo conocimiento de la capitulación del virrey. Finalmente, se examinan los efectos de la derrota de Olañeta y la consolidación de la independencia en el Alto Perú.

Palabras claves: Antonio José de Sucre – Independencia – Pedro Antonio de Olañeta; Ejército Independentista – Ejército Realista

Abstract

This article seeks to explain the situation of the Royalist Army and the actions of Antonio José de Sucre in Upper Peru after the victory at the Battle of Ayacucho until the surrender of Pedro Antonio de Olañeta. This work aims to contribute to the understanding of this moment in the Spanish American independence movement. Based newspapers, memoirs, and epistolary documentation, the paper first analyzes the details of the Liberation Army following the Battle of Ayacucho as it marched toward the southern Andes. It also explains the situation of the royalist army and the strategies employed by Olañeta in Upper Peru once he learned of the viceroy's surrender. Finally, it examines the effects of Olañeta's defeat and the consolidation of independence in Upper Peru.

Keywords: Antonio José de Sucre – Independence – Pedro Antonio de Olañeta – Independence Army – Royalist Army

1 Historiador especialista en la historia de la guerra e historia política del siglo XIX, doctor en Historia Ibero-latinoamericana por la Universität zu Köln, Alemania. Docente de la sección de Historia del Departamento Académico de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica del Perú

Introducción

En la mañana del 9 de diciembre, tras varios días de marchas, se reunieron los generales y brigadieres tanto del ejército independentista como del ejército realista para recibir las instrucciones. El primero estaba bajo las órdenes de Antonio José de Sucre, “un hombre joven de gran inteligencia, fuerte, enérgico, audaz, muy afectuoso y cortés para todos, y muy apreciado por quienes le conocen. Su modestia era grande, así como su abnegación y talento” (O’Connor, 1915, p. 105). Esta percepción es complementada por Lynch, quien lo describe como “un militar valiente, talentoso e infatigable, siempre atento a los detalles, así como al panorama completo” (Lynch 2009, p. 260). Sin embargo, el ejército no llegaba de la mejor manera. Anota Miller, que los independentistas tenían que lidiar contra fuerzas dobles, “y que nada podía salvarles y libertar á su país de una servidumbre ignominiosa sino una victoria completa” (1975, p.138).

El ejército realista, al mando del propio virrey La Serna, por su parte, según expone el general García Camba, “había perdido el ganado que conducían para racionar su tropa, considerable número de hombres por enfermos, rezagados y desertores y dejando atrás varias cargas por falta de flaqueza de las mulas” (1916, II, p. 298). Asimismo, consideró que la situación de los independentistas

era verdaderamente crítica por su inferior movilidad [...] teniendo además tan inmediato el ejército real, se hallaban imposibilitados para continuar la retirada sin correr con toda la probabilidad los riesgos de una disolución y tampoco podían permanecer inactivos, porque no contaban más que con unas setenta reses vacunas para su manutención. (1916, p. 299)

Dentro del ejército realista fueron llamados los generales realistas para oír de Canterac las disposiciones correspondientes al accionar que desempeñarían. En ese sentido, se dispuso que Valdés debía ubicarse a la derecha con su división teniendo como objetivo principal el ala izquierda de los independentistas, especialmente sobre las fuerzas de La Mar. Monet, por su parte, debía acercarse con su división desde el centro al borde oriental del Illoclla, mientras que Villalobos, a la izquierda, debía adelantar su frente para hacer posible el descenso y entrada de la artillería (Alvarado Luna, 2020a, p. 363).

La contienda inició a las 10 de la mañana con el ataque de la división de Valdés al lado izquierdo del ejército independentista. Los cuatro batallones realistas, flanqueados por los escuadrones de caballería Dragones del Perú y Húsares de Fernando VII, descendieron rápidamente del cerro. Estos fueron apoyados por la artillería, la cual quebró la línea independentista. Durante el desarrollo de la batalla, Miller resolvió por sí mismo cargar a los realistas con el regimiento de Húsares de Junín, lo cual obligó a los realistas a replegarse del otro lado del barranco. La batalla se tornaba cada vez más caótica y las fuerzas realistas comenzaban a ser abatidas. A fin de evitar que la situación se complique aún más, el mismo virrey La Serna se atacó con el batallón Fernando VII; sin

embargo, “no consiguieron más sus nobles esfuerzos que verse también arrollado, recibir seis heridas de bala y arma blanca, ser derribado de su caballo y quedar, por último, prisionero del enemigo” (García Camba, 1916, II, p. 306).

Una vez capturado el virrey La Serna, el mando recayó sobre Canterac, Monet, Villalobos, Carratalá y Valdés. Canterac sostuvo que no había otra opción más que la capitulación; no obstante, existieron opiniones que optaban por retirarse al Alto Perú a fin de resguardarse (Moreno de Arteaga, 2010, p. 406). Para García Camba, por otro lado, “el Perú estaba perdido si Olañeta no lo salvaba: que, para ayudarlo, si no era traidor, interesaba mucho procurar reunir todos los dispersos que se pudiera y continuar sin demora la marcha” (1916 II, p. 308). No había otra opción. Tras conferenciar con Sucre, tanto Canterac como Carratalá extendieron bases preliminares de una transacción y las remitieron a sus demás compañeros en armas (Alvarado Luna, 2020a, p. 367). Canterac, anota Miller, en un estado de gran agitación, repetía: “¡General Miller, general Miller, todo esto parece sueño! ¡Qué extraña es la suerte de la guerra! ¡Quién habría dicho hace veinticuatro horas que sería yo huésped de usted? Pero no puede ya remediarse: la guerra se acabó, y á decir usted la verdad, estábamos todos cansados de ella” (Miller, 1975, p. 146).

Tras esta breve presentación, el siguiente texto tiene como objetivo explicar la situación del ejército realista y el accionar de Antonio José de Sucre en el Alto Perú luego de la victoria de la batalla de Ayacucho hasta la capitulación de Pedro Antonio de Olañeta con el objetivo de contribuir a la comprensión de este momento del proceso independentista hispanoamericano. En ese sentido, en las siguientes páginas se analizan los pormenores del Ejército Libertador luego de la batalla de Ayacucho en su rumbo hacia el sur andino. Asimismo, se explica la situación del ejército realista y las estrategias empleadas por Olañeta en el Alto Perú una vez que tuvo conocimiento de la capitulación del virrey y los efectos de la derrota de Olañeta y la consolidación de la independencia en el Alto Perú bajo la administración de Sucre.

La Capitulación de Ayacucho y la entrada al Cuzco

A ojos de Valdés, “los jefes de Ayacucho no desmintieron, ni aún después de su desastre, el honor que los distinguía; así se vio á unos, como Carratalá, escribiendo al Callao para que no sucumbiese si tenía medios de sostenerse” (CDIP, tomo XXII, vol. 3, p. 382). Según sostiene Sobrevilla, “la derrota realista fue tan absoluta [...] que la única opción posible fue una completa capitulación” (2024a, p. 104). Por su parte, Miller sentenció que los realistas

tenían muy pocas probabilidades de recibir auxilios de España, y los repetidos y continuos esfuerzos de otros jefes y de otros ejércitos patriotas, que sucesiva ó simultáneamente se habrían formado, los habrían hostilizado perpetuamente y los habrían consumido; por lo tanto, aunque hubiese reducido á escombros y la

miseria se hubiese hecho sentir hasta en los puntos más remotos, la causa de la independencia habría triunfado infaliblemente. (1975, p. 149)

En la capitulación firmada el 10 de diciembre de 1824, la cual fue generosa para los vencidos, se estipuló, entre otros puntos, la entrega del territorio del Perú hasta el Desaguadero, junto con todos los parques, maestranzas, almacenes, caballos y demás objetos pertenecientes al ejército realista. Por otro lado, se estipuló que “cualquiera individuo de los que componen el ejército español será admitido en el Perú en su propio empleo si lo quisiere” (CDIP, tomo XXII, vol. 3, p. 399). Asimismo, se concedió el libre retorno de éstos a España, costado por el Estado del Perú; el olvido de opiniones y actos anteriores “si la conducta no turbaba el orden público ni las leyes”; el abandono de los buques españoles del Pacífico y el fin de la presencia española en la América continental (Alvarado Luna, 2020a, pp. 367-369).

Dentro de los que partieron rumbo a Europa se encontraron el virrey La Serna, el teniente general José de Canterac, los mariscales de campo Jerónimo Valdés, José de la Hera, Alejandro Villalobos, Rafael Maroto, José Carratalá, Juan Antonio Monet y el resto de la oficialidad realista entre coroneles, tenientes coroneles, capitales, tenientes y subtenientes. Estos serían conocidos posteriormente como “los Ayacuchos” y cuya situación a su regreso a España fue muy compleja, especialmente tras el fin del Trienio Liberal y el retorno absolutista de Fernando VII (Sobrevilla, 2024b, p. 208). La situación para los realistas hasta inicios de 1824 era una eventual victoria. Sin embargo, fue con el arribo de Sucre y, posteriormente, de Bolívar, quienes emprendieron la campaña sobre la sierra, que el ejército realista tuvo que concentrar sus esfuerzos en detenerlos (Alvarado Luna, 2024, p. 29).

En los siguientes días, Sucre escribió desde Huamanga al general Santander anunciando que Ayacucho representaba “el más brillante testimonio y el momento de más honor que pueden levantar los americanos a la libertad” y en un acto de poca modestia, enfatizó que

la batalla ha sido ejecutada con un orden y regularidad que jamás se describirá; durante tres horas de combate, nadie ha vacilado; una carga firme decidió todo; los españoles me han dicho que nunca ellos vieron las tropas francesas marchar con más gallardía ni con tanto entusiasmo. Estoy muy contento y muy contento de la conducta de los cuerpos. (Sucre, 1981, p. 201)

Por otro lado, consiente de la posibilidad —aunque remota— de que algunos miembros del clero que habían apoyado a los realistas vuelvan a reclamar sus curatos “alegando algún artículo de la capitulación de Ayacucho”, dispuso repartir entre los curas realistas “una contribución de 20 000 pesos con qué pagar los equipajes que por su culpa han robado a los oficiales del ejército”. Esta contribución, continuó, estaría entregada en cajas en veinte días “para proceder contra ellos con la misma severidad con que conducen los españoles con los clérigos patriotas” (Sucre, 1981, pp. 203-204).

A fin de consolidar la presencia del ejército en el sur del Perú, envió al general Agustín Gamarra rumbo al Cuzco. El 14 de diciembre, Gamarra escribió al presidente de dicha ciudad en el cual le informó que “para evitar las consecuencias que son anexas [sic] a la sorpresa que causa una batalla, cuyo resultado por menor se ignora” decidió encomendar al coronel Ramón Nadal “para que impuesto V.S. del contenido de la capitulación se tranquilice y disponga para cumplir de su parte” (Tauro del Pino, 1952, p.). Esta noticia arribó a la ciudad dos días después, el 16 de diciembre. Frente a esta situación, el presidente brigadier Antonio María Álvarez se dirigió al Cabildo dando cuenta de los hechos y el 20 presentó su renuncia ante una junta de vecinos notables (Villanueva, 1981, pp. 3-4). Finalmente, el día de Navidad de 1824, y confirmada la capitulación de Ayacucho, la ciudad del Cuzco y su guarnición compuesta de unos mil hombres a las órdenes de Álvarez se rindió (Miller, 1975, p. 163).

Sucre hizo su ingreso a la ciudad el 29 de diciembre de 1824, la cual llevó a cabo una serie de fiestas para recepcionar a los jefes victoriosos de Ayacucho. El mismo Gamarra le recibió a la cabeza de todas las autoridades locales, corporaciones y pueblo en general. Tras una misa de acción de gracias celebrada en la Catedral, Gamarra le hizo entrega del pendón de la conquista, el cual había sido conservado hasta ese momento en la iglesia de Santo Domingo (Villanueva, 1981, p. 11).

Aprovechando este entusiasmo, Sucre realizó una proclama en la que sostuvo que el Ejército Unido Libertador les enviaba la paz y la rendición tras oír desde el otro lado del Ecuador “los gemidos del pueblo querido de los Incas”, pues ahora se habían “convertido en peruanos” (CDIP, tomo VI, vol. 9, p. 256) y que los destinos de la república dependerán de sus virtudes y patriotismo. Asimismo, escribió a Bolívar anunciándole que el ejército a su mando “ha llenado las esperanzas de todos los americanos, de todos los amantes de la libertad, más allá de lo que la imaginación y el deseo alcanzan. El Perú entero está libre por un esfuerzo colombiano; la América toda ha afianzado su independencia y ha adquirido la paz” (Sucre, 1981, pp. 204-205). Ahora bien, sobre este punto es fundamental precisar que, si bien la responsabilidad militar recayó en Sucre y que el grueso del Ejército Libertador estaba compuesto por colombianos, existieron dentro de su oficialidad y tropa un importante contingente de peruanos -y obviamente también en el bando realista- convirtiendo así la independencia en una guerra civil (De la Puente Candamo, 2013).

Para administrar la región, el general Gamarra fue nombrado prefecto y comandante general del Cuzco, mientras que el general Miller lo fue de Puno. En el interín, tras dejar descansar quince días a sus tropas “habiéndolas vestido como la premura del tiempo permitiría”, resolvió Sucre “destruir sin tardanza los pocos enemigos del país que restaban” (Miller, 1975, p. 164). De esta manera, la división del Perú continuó su marcha sobre Puno, la caballería y división colombiana, al mando de Córdova, siguió el mismo movimiento, mientras que la división de Lara permaneció unas cuantas semanas en el Cuzco y luego marchó sobre Arequipa. Poco tiempo después, el mismo Sucre emprendió la marcha hacia el Desaguadero.

El camino al Alto Perú y la resistencia realista

El 1 de enero de 1825, el general Sucre le escribió al general Olañeta noticiándole sobre los resultados de la batalla de Ayacucho y su intención de adelantarse hacia la región altoperuana. Según anota Miller en sus *memorias*, el “ultra realista Olañeta” se seguía rehusando entrar en negociaciones con los “patriotas” con cerca de cuatro mil hombres a lo largo de las provincias del Alto Perú (1975, p. 164). Ese mismo día, Sucre se dirigió a los miembros de las municipalidades de La Paz, Cochabamba, Chuquisaca y Potosí sosteniendo que

Al llegar a esta ciudad [del Cuzco] he sido informado que el general Olañeta y el señor general Aguilera han proclamado en esas provincias [altoperuanas] la independencia; pero no teniendo un aviso oficial de ese país (no obstante que desde mucho tiempo lo esperábamos como desenlace del anterior estado de cosas) mando un jefe autorizado donde esos señores para obtener un conocimiento positivo. (Sucre, 1981, p. 207).

La guerra de propaganda daba inicio en esta nueva fase para la región Altoperuana. Y esto no era algo nuevo. Desde el inicio del proceso independentista, y especialmente desde la formación de las Juntas de gobierno, el uso de propaganda para deslegitimar al adversario. Sobre este punto, Daniel Morán (2013) argumenta que el Alto Perú fue el escenario donde los revolucionarios porteños se auto percibieron desde la prensa como “hombres de genio invencible, con valor, constancia y vencedores”, mientras que los realistas eran descritos como “hombres mercenarios y que sucumbieron ante el ímpetu libertador de los rioplatenses” (p. 206). Por otro lado, los realistas describían a los insurgentes como los causantes de una región “decorada solo con cadáveres” producto de una “espantosa revolución” (p. 207). Esta tipificación de los enemigos fue construyéndose a lo largo de los años.

En los siguientes días, Sucre continuó su marcha por rumbo a la región altoperuana. Según anota O'Connor, a la llegada del Ejército a Puno se cercioraron de que el general Rudencindo Alvarado y el coronel Videla Castillo “que habían sido prisioneros de guerra en la célebre acción de Torata contra los realistas y remitidos a la isla de Esteves en el lago Titicaca” habían recuperado su libertad en virtud de lo acordado en la capitulación de Ayacucho (1915, p. 161). Fue en Puno donde arribó el doctor Casimiro Olañeta, sobrino del general realista, en calidad de desertor. Sucre lo recibió con afabilidad.

Abandonado por su sobrino y por su antiguo aliado, Pío Tristán, Pedro Antonio de Olañeta, precisa Roca aún confiaba en el respaldo de Francisco Xavier de Aguilera, quien estaba al mando de un destacamento armado. Sin embargo, De Aguilera ya había ofrecido su adhesión a Sucre. Desde este momento, y por cuatro largos meses, Olañeta sufrió una serie de deserciones (2011, p. 622).

Mientras el general realista comenzaba a ver complicada su situación, desde el otro lado, y una vez habiendo cruzado el Desaguadero, Sucre aprovechó a emprender una serie de decretos desde la ciudad de La Paz. Enfatizando que el Ejército Unido Libertador “ha tenido el solo objeto de redimir las provincias del Alto Perú de la opresión española” y que no le correspondía intervenir en los negocios domésticos de la región pues era “necesario que las provincias organicen un gobierno que provea a su conservación”. Asimismo, argumentó esta necesidad en base a que el gobierno de Buenos Aires carecía de “un gobierno general que represente completa, legal y legítimamente la autoridad de todas las provincias”, por lo que era necesario que se convocase una asamblea compuesta por los diputados electos en juntas de parroquia y de provincia (Sucre, 1981, pp. 209-210).

Iniciaban así los preparativos administrativos para el futuro de la región incluso antes de culminada la guerra. El decreto fue firmado el 9 de febrero a fin de evitar la posible propagación de la anarquía y establecía que la Asamblea debía reunirse el 29 de abril en Oruro. Sin embargo, mientras partes de Potosí y Chuquisaca continuaran bajo el control realista no podían realizarse las elecciones para diputados, por lo que la reunión de la Asamblea fue pospuesta a medida que la campaña militar continuaba (Lofstrom, 2019, p. 94).

En las siguientes semanas Sucre dispuso que la tropa tenga una ración de libra y media de carne, doce onzas de pan, una libra de papas, un cuarto de onza de sal, medio cuarto de onza de ají, una libra de leña y, en caso haya, una onza de grasa (Sucre, 1981, pp. 213-214). Y es que la buena alimentación de la tropa era fundamental no solo para mantener a la buena salud dentro del ejército sino también, e igual de importante, la lealtad y así evitar las desertiones. Es por esto por lo que la provisión de las raciones se daba compañía por compañía y a los oficiales se les otorgaba doble ración. Además, decidió situar puestos avanzados en los puntos aledaños al Titicaca y el Desaguadero.

A fines de febrero el Ejército Unido Libertador ya se encontraba en La Paz y hacia la quincena de marzo en la ciudad de Oruro. Según considera Roca, la idea de avanzar hacia La Paz y Oruro, más que una estrategia militar, respondía a móviles económicos necesarios para el mejor mantenimiento del ejército. Asimismo, Sucre logró enterarse de que las recaudaciones de la provincia de La Paz “eran muy buenas estimándose en 40 000 pesos mensuales” por lo que el ejército “obtenía nuevos arbitrios tanto para las tropas victoriosas como para honrar los términos de la capitulación” (Roca, 2011, p. 661-662). Desde Oruro se llevó a cabo un plan de ofensiva, ciudad que le permitía dominar la ruta La Paz-Potosí-Chuquisaca, y a la vez cuidar las espaldas de Cochabamba y Santa Cruz. El principal objetivo de Sucre se dividía en tres ejes esenciales. El primero, tomar el flanco izquierdo de los realistas para obligarlos a abandonar Potosí y poder buscarlo por Chichas. Como segundo eje, proteger los departamentos de Chuquisaca y Santa Cruz para, finalmente, incorporar en Chuquisaca el escuadrón de dragones que contaba con 200 plazas (Roca, 2011, p. 668).

Al acercarse a Potosí los independentistas tuvieron noticias que Olañeta se hallaba en dicha ciudad con sus avanzados sobre los altos de Quinsa-Cruz. Sin embargo, anota O'Connor “no hicimos caso de éstas y las flanqueamos, pasando la noche en los alfalfares que mantenían las mulas destinadas a los trabajos de la Casa de la Moneda” (1915, p. 165). Finalmente, hicieron su ingreso a la villa imperial el 29 de marzo de 1825.

Olañeta cometió el error de enfrentarse directamente con el ejército de Sucre. El 1° de abril, a las tres de la tarde, se avistaron ambos ejércitos. Las fuerzas de Olañeta estaban compuestas de apenas 700 hombres. El enfrentamiento, que duró hasta las siete de la noche, culminó con Olañeta mortalmente herido y su fallecimiento al día siguiente (Alvarado Luna, 2020a, p. 381).

Cuadro 1. Resumen del ejército español derrotado y prisionero desde Ayacucho al Potosí

Nombre	Cantidad
Derrotados en Ayacucho	9 510
Guarniciones del Cuzco, entregadas por Álvarez	1700
Guarniciones de Arequipa	700
Columna del brigadier Ramírez en Quilca	600
Guarniciones de Puno	480
Total	12 990

Ejército del general Olañeta	
Regimiento de Dragones	400
Escuadrón de Santa Victoria	150
Batallón de Fernando VII	600
Batallón de Cazadores	600
Dragones de Charcas	180
Dragones de Santa Cruz	300
Infantería de Santa Cruz	180
Regimiento de la Unión	1 400
Batallón de Partidarios	600
Regimiento de Cazadores de a caballo	300
Total	4 710

Generales prisioneros	25
Jefes y oficiales	221
Muertos en batalla	96
Prisioneros a esta parte del sur del Desaguadero	856
Total	1 898
Total general	18 898

O'Connor 1915, pp. 168-169

Sucre decidió enviar a O'Connor con los batallones Legión, La Paz y el Regimiento de Dragones Americanos para reducir las fuerzas de José Valdez en Chuquisaca, quien ya no buscaba la lucha; por ello, terminó rindiéndose en Urdininea. La ceremonia oficial de tal rendición se produjo en Chequelte; tras esta, Valdez fue conducido a Potosí a fin de encontrarse con Sucre el 8 de abril de 1825, lo que puso fin a la resistencia realista en el Alto Perú (Roca, 2011, p. 671).

La Independencia de la Audiencia de Charcas y el inicio de la administración de Sucre

Sucre emprendió la marcha hacia Chuquisaca, donde hizo su ingreso el 25 de abril. Pese a lo estipulado en el decreto del 9 de febrero previamente mencionado, se terminó por convocar a la Asamblea para decidir el futuro de la antigua Audiencia de Charcas. El primer gabinete boliviano, con Sucre como presidente, se decretó el 13 de mayo en Chuquisaca y se crearon los ministerios de Guerra, y del Interior y Finanzas. Como su ministro de Guerra, Sucre nombró al coronel Agustín Geraldino, su antiguo ayudante de campo, mientras que, a la cabeza del Ministerio del Interior y Finanzas, estuvo Facundo Infante, español. Ahora bien, a diferencia del Lima, donde Sucre se percibió un ambiente hostil (O'Phelan, 2001, p.394), en Chuquisaca la situación fue diferente, por lo que pudo reorganizar el territorio según las necesidades.

Diversos fueron los asuntos abordados por la administración de Sucre en Bolivia, tales como reformas económicas, sociales, eclesiásticas y educativas, así como de salud pública, tributarias y urbanísticas. Desde Chuquisaca, el 26 de mayo, Sucre escribió a la municipalidad de La Paz dando cuenta de sus planes de reformas de los colegios “bajo un plan de estudios que generalice los conocimientos en todas las ciencias” además de un decreto que estableciese una universidad para lo cual era necesario el cálculo de los fondos” (Sucre, 1981, p. 242). La organización de la hacienda vino al poco tiempo mediante la supresión de una porción de empleados “inútiles” y la rebaja de algunos sueldos que terminaron produciendo un ahorro entre 30 000 y 36 000 pesos por año en los cinco departamentos (Sucre, 1981, p. 243).

Finalmente, el 6 de agosto, el primer aniversario de la batalla de Junín, se produjo la Declaración de Independencia. Tras una serie de debates, finalmente, el 9 de agosto, los diputados decidieron la mejor forma de gobierno para el nuevo Estado (Lofstrom, 2019, p. 96). El acta se inicia sosteniendo que “todos los estados del continente pueden mostrar al mundo sus profundas heridas para comprobar el dilaceramiento que sufrieron; pero el Alto Perú aún las tiene más enormes” (Arze, 2015, p. 163) y considera que “el mundo sabe que el Alto Perú ha sido, en el continente de América, el ara donde se visitó la primera sangre de los libres y la tierra donde existe la tumba del último de los tiranos: que Charcas, Potosí, Cochabamba, La Paz y Santa Cruz, han hecho constantes esfuerzos para sacudir el yugo peninsular” (Arze, 2015, p. 164), por lo que se terminaba decretando

No asociarse a ninguna de las repúblicas vecinas, se erigen en un Estado soberano e independiente de todas las naciones tanto del viejo como del nuevo mundo; y los departamentos del Alto Perú, firmes y unánimes en esta tan justa y magnánima resolución, protestan a la faz de la tierra entera, que su voluntad irrevocable es gobernarse por sí mismos y ser regidos por la constitución, leyes y autoridades que ellos propios se dicen y creyesen más condicentes a su futura felicidad en clase de nación. (Arze, 2015, p. 167)

El 19 de agosto, Simón Bolívar, el Libertador, llegó a La Paz acompañado por el general Sucre, quien había salido a recibirle a las proximidades del lago Titicaca, donde también fue recibido por una comisión compuesta por Casimiro Olañeta, José Mendizábal e Hilarión Fernández, los cuales le comunicaron que la Asamblea Constituyente “había decidido adoptar su nombre para la república próxima a formarse en las provincias del Alto Perú” y confiarle la tarea de redactar una Constitución (Liévano, 2024, p. 495). La presencia de Bolívar fue un factor importante que ayudó a Sucre y ambos concentraron su atención en los problemas administrativos que podría enfrentar el nuevo Estado, por lo cual se emitieron unos 50 decretos y resoluciones correspondientes a la minería, impuestos, población indígena, entre otros (Lofstrom, 2019, pp. 97-98).

Los límites geográficos de las nuevas repúblicas fueron un tema abierto y derivaron en un largo período de conflictos; un tema importante en el debate sobre la posible unión entre el Perú y Bolivia fue el puerto más idóneo para este último país. Tradicionalmente, todo el comercio del Altiplano había pasado por Arica, puerto vinculado con La Paz y ahora parte de la república peruana. Por ello, la cuestión de un “puerto nacional” se volvió de suma importancia desde agosto de 1825 y para setiembre de 1825, Bolívar mandó establecer una autoridad civil y militar en Atacama y se encomendó a Francisco Burdett O'Connor a investigar las bahías de Mejillones, Cobija y Loja para determinar cuál era la más propicia para un nuevo puerto nacional (consúltese Alvarado Luna, 2020b).

La participación directa de Bolívar en la política de la naciente República de Bolivia se dio hasta fines de diciembre de 1825, cuando emitió un decreto fechado el día

29, en el que delegó su autoridad como presidente vitalicio a Sucre y nombró a Andrés de Santa Cruz como alternativa en caso de ausencia o fallecimiento de él o de Sucre (consúltase Alvarado Luna, 2025). Con la partida del Libertador, recayó en Sucre la responsabilidad de la administración y formación de las instituciones republicanas.

Reflexión final

La acción de Olañeta, quien desconoció la autoridad de La Serna y juró lealtad al nuevamente restituido Fernando VII con el fin del Trienio Liberal, obligó al virrey a emprender una campaña militar hacia el Alto Perú, fraccionando sus fuerzas militares, gastando recursos y fuerzas, al tiempo que Sucre y Bolívar organizaban al ejército y cruzaban por los Andes centrales sin mayores complicaciones. De esta manera, la primera gran derrota de La Serna desde que abandonó la ciudad de Lima en 1821 vino desde sus propias filas.

Desde la batalla de Junín y por tres meses, las fuerzas independentistas al mando de Bolívar y Sucre habían perseguido por la inhóspita geografía andina a las fuerzas realistas. Fue la batalla de Ayacucho y la victoria del Ejército Unido Libertador el 9 de diciembre de 1824 selló la independencia militar del Perú; sin embargo, este logro no se replicó en la región del Alto Perú sino hasta mediados de 1825. Olañeta intentó resistir en una situación completamente adversa para los realistas: el envío de tropas por parte de Sucre al Alto Perú, las faltas de pago y las deserciones hicieron imposible para el general realista poder hacerle frente a lo que, para ese momento, ya resultaba inevitable. Finalmente, y sin desmerecer el genio militar de Sucre y el accionar del resto de generales y tropa del Ejército Unido Libertador, quien terminó inclinando la balanza en favor de los independentistas fue el mismo general que había luchado contra ellos por más de quince años.

Bibliografía

- Alvarado Luna, P. A. (2025). Andrés Santa Cruz: el americanismo del Gran Mariscal de Zepita, 1809-1839 en O'Phelan S. (ed). *El americanismo en las independencias iberoamericanas* (405-450). Instituto Riva-Agüero
- Alvarado Luna, P. A. (2024). La contrarrevolución desde los Andes: el gobierno virreinal de La Serna y la resistencia realista en el Perú, 1821-1824. *Almanack*, Guarulhos, n. 36: 1-36. <https://doi.org/10.1590/2236-463336ed30623>
- Alvarado Luna, P.A. (2020a). *Virreyes en armas. Abascal, Pezuela y La Serna: la lucha contrarrevolucionaria desde el virreinato del Perú (1808-1826)*. Instituto Riva-Agüero
- Alvarado Luna, P.A. (2020b). Reorganizando las nuevas fronteras republicanas Perú y Bolivia (1826-1836). (37-62). *Revista Ciencia y Cultura*, vol. 24, n°44.
- Arze, J. (2015). *Antología de documentos fundamentales de la historia de Bolivia*. Biblioteca del Bicentenario de Bolivia.
- Colección Documental de la Independencia del Perú (1973). Tomo VI, *Asuntos militares*, vol. 9. Comisión Nacional del Sesquicentenario del Perú
- Colección Documental de la Independencia del Perú (1973). Tomo XXII, *Documentación oficial española*, vol. 3. Comisión Nacional del Sesquicentenario del Perú
- De la Puente Candamo, J. A. (2013). *La Independencia del Perú*. Fondo Editorial del Congreso del Perú
- García Camba, A. (1916). *Memorias del general García Camba para la historia de las armas españolas en el Perú*, Tomo II. Editorial América, Biblioteca Ayacucho
- Liévano, I. (2024). *Bolívar*. Taurus
- Lofstrom, W. (2019). *La presidencia de Sucre en Bolivia*. Biblioteca Bicentenario de Bolivia
- Miller, J. (1975). *Memorias del General Miller al servicio de la República del Perú*. 2 vols. Editorial Arica S.A.
- Moran, D. (2013). *Batallas por la legitimidad. La prensa de Lima y de Buenos Aires durante las guerras de independencia*. Fondo Editorial de la Universidad de Ciencias y Humanidades

- Moreno de Arteaga, Í. (2010). *José de la Serna. Último virrey español*. Akrón
- Lynch, J (2009). *Simón Bolívar*. Crítica
- O'Connor, F. (1915). *Independencia americana. Recuerdos de Francisco Burdett O'Connor, coronel del ejército libertador de Colombia y general de División de los del Perú y Colombia*. Sociedad Española de Librería
- O'Phelan, S. (2001). Sucre en el Perú: entre Riva Agüero y Torre Tagle en O'Phelan, S. (Comp.). *La independencia del Perú. De los Borbones a Bolívar* (379-406) Instituto Riva-Agüero
- Roca, J. L. (2011). *Ni con Lima ni con Buenos Aires. La formación de un Estado nacional en Charcas*. Instituto Francés de Estudios Andinos; Plural
- Sobrevilla, N. (2024a). Entre proclamas, actas y una capitulación: la Independencia peruana vista en sus actos de fundación en Sobrevilla, N. *La Nación subyacente. Diez ensayos para pensar la independencia peruana* (79-108). Debate
- Sobrevilla N. (2024b). De Europa a los Andes y de vuelta: convertirse en “Los Ayacucho” en Sobrevilla, N. *La Nación subyacente. Diez ensayos para pensar la independencia peruana* (197-212). Debate
- Sucre, A. (1981). *De mi propia mano*. Biblioteca Ayacucho
- Tauro del Pino (1952). *Epistolario del Gran Mariscal Agustín Gamarra*. Universidad Nacional Mayor de San Marcos
- Villanueva, H. (1981). *Gamarra y la iniciación republicana en el Cuzco*. Fondo del Libro del Banco de los Andes

PATRICIO ALONSO ALVARADO LUNA

Doctor en Historia Ibero-latinoamericana por la Universidad de Colonia, Alemania. Licenciado y magíster en Historia por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Actualmente es docente en la sección de Historia del Departamento de Humanidades de la PUCP y miembro del Instituto Riva-Agüero. Se ha especializado en la historia política, social y militar de la primera mitad del siglo XIX hispanoamericano, con énfasis en el proceso de independencia, la formación de los Estados y la Confederación Perú-boliviana.

Ha publicado diversos artículos sobre la independencia del Perú, las relaciones internacionales a inicio de la República, la formación del Estado e historia de la guerra, así como un libro *Virreyes en armas. Abascal, Pezuela y La Serna: la lucha contrarrevolucionaria desde el virreinato del Perú (1808-1826)*.